

UNA ALIANZA EN VILO

dos norteamericanos que hay en territorio turco.

Es, pues, lógico que fuese el propio Alexander Haig, siempre en sus papel de centinela de Occidente, quien más hiciera para convencer a los aliados de la necesidad de ayudar económicamente a Turquía. Al general aspirante a político debió de alarmarle no sólo el hecho de que Ecevit firmara el pasado verano un tratado de amistad con la URSS, sino también el que Moscú concediera a los turcos 8.000 millones de dólares de ayuda económica destinada a la instalación de una planta nuclear y a financiar el suministro de energía eléctrica procedente de las centrales soviéticas.

Cabe imaginarse también cuál habrá sido la reacción de Haig ante la resistencia de Ecevit a permitir que los aviones de reconocimiento "U-2" norteamericanos sobrevolasen territorio turco para recoger información telemétrica de los misiles soviéticos lanzados desde la base de pruebas de Tyuratam en Kazajstán. El pretexto aducido por el gobierno turco es que, al ser el SALT-II un tratado exclusivo entre las dos superpotencias, la URSS debía dar también su visto bueno a la realización de ese tipo de vuelos por parte norteamericana.

No hay duda de que Ecevit ha querido hacer valer cara su colaboración con los otros miembros de la OTAN. Pero esta organización de ninguna manera podía arriesgarse a perder su aliado. Cosa que pudo haber ocurrido cuando, tras la invasión de Chipre de 1974, el Congreso norteamericano impuso un embargo a los envíos de armas a aquel país.

El tema de la ayuda económica urgente al "eslabón débil" de la OTAN fue tratado ampliamente en la cumbre que celebraron en Guadalupe los cuatro grandes occidentales. Allí, Carter logró persuadir al renuente canciller Schmidt para que fuese Bonn

quien llevase la batuta en las negociaciones entre la OCDE, el FMI y Ankara. Para tan delicada misión, Schmidt nombró a un cristianodemócrata, el ministro de Hacienda del land de Baja Sajonia, Walter Leisler Kiep, quien pasaría más de dos meses volando entre Washington, Tokio, Ginebra, París, Londres, Bonn y Ankara.

El mayor obstáculo que encontró Kiep fue sin duda la negativa primera de Ecevit a aceptar las duras imposiciones del Fondo Monetario Internacional para la concesión de cualquier ayuda. Al final, sin embargo, ya con el agua al cuello, el primer ministro dio su brazo a torcer. La libra turca sería devaluada en un 43 por 100 y se impondría toda una serie de medidas igualmente drásticas. A cambio, el FMI avalaría la operación de ayuda de 24 países occidentales, incluidas algunas bancas privadas. Con los 1.500 millones de dólares del primer año, Turquía podría importar al menos las materias primas, incluido el petróleo, que necesita para aprovechar al máximo su capacidad productiva, que últimamente había quedado reducida a la mitad.

Son muchos, pese a todo, los que dudan no sólo de la eficacia de este tipo de medidas, sino de la propia permanencia en el poder de Ecevit. Su gobierno ha tenido que prolongar por otros dos meses la ley marcial en 19 provincias, y su partido, que cuenta con 209 escaños del total de 450 que hay en la Cámara, ha estado a punto de sufrir una derrota parlamentaria. El próximo otoño habrá elecciones parciales. Hay quien duda de que pueda siquiera pasar el verano. El problema es que el posible recambio, Demirel, mostró ya entre 1975 y 1977 su total incapacidad. Y la otra salida es el golpe de Estado militar. El que buscan Turkes y su "Acción nacional". ¿Qué diría Haig en ese caso? ■

Skylab

Después de realizar miles de cálculos para poner en órbita el "Skylab", la NASA tiene todavía la esperanza de que no nos caiga encima de la cabeza.

La caída de un ángel

GERARD BONNOT

LOS expertos de la NASA son como los profetas: no saben ni el día ni la fecha. Tampoco saben el sitio. Y, sin embargo, más terminantes no pueden ser: el mayor satélite artificial lanzado al espacio por el hombre, el Skylab, laboratorio celeste, ochenta toneladas de chatarra, electrónica y aparatos de índole diversa, se va a estrellar contra la Tierra en el decurso de las próximas semanas.

Las leyes de la mecánica celeste son implacables. Si un satélite quiere mantenerse en órbita, resistir la atracción terrestre, necesita estar animado por lo menos de una velocidad de 7,8 kilómetros por segundo. Pero no le es posible mantener su velocidad inicial de manera indefinida, porque recibe, incluso en el vacío cósmico, el impacto constante de las partículas de materia acarreadas por los vientos solares. Y así, poco a poco, insensiblemente, la acumulación de estos frotamientos infinitesimales frena su impulso. Hasta que llega el momento en que, arrastrado por la atracción terrestre, entra en barrena y cae como un bóido.

Su entrada en la atmósfera es algo brutal. Bajo el efecto del choque, el satélite se desintegra. Es tal el calor, que los trozos de metal se ponen incandescentes y, de no ser demasiado grandes, llegan a volatilizarse. Esa es la suerte que corrieron, por ejemplo, los satélites de la serie Pegaso.

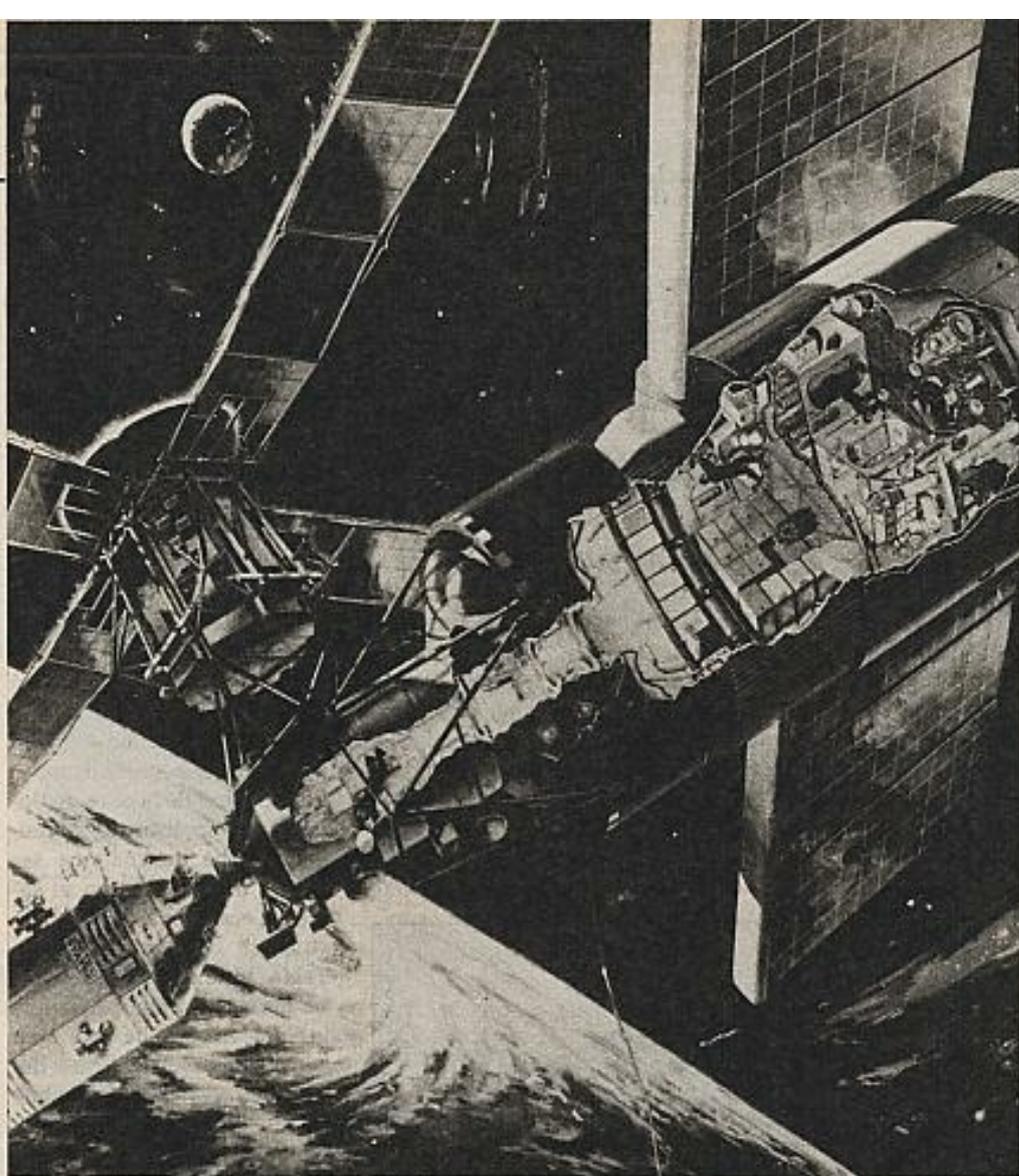
Un cráter de treinta metros

Pero el Skylab no es un ingenio de modelo corriente. Con

sus paneles solares en forma de cruz, semeja un molino de viento cuya altura equivale a la de una casa de doce pisos. Se calcula que un buen número de fragmentos, en torno a quinientos, podrían resistir el paso por la atmósfera y vendrían a caer como una lluvia de fuego. Una decena de entre ellos pueden pesar sus buenos quinientos kilos. Dos piezas, especialmente concebidas para resistir las agresiones del espacio, una puerta hermética de acero y un cofre de plomo, pesan, cada una de ellas, dos toneladas. Cuando choquen contra la Tierra abrirán un cráter de más de treinta metros de profundidad.

Lo más exasperante de este asunto es el hecho de que, en el momento de lanzar el Skylab —el 14 de mayo de 1973—, dentro del clima de euforia técnica subsiguiente a la conquista de la Luna, se hubiera calculado su órbita justo para hacerla pasar por encima de las regiones más pobladas del planeta: América del Norte y del Sur, Japón, Australia, África y Europa. Abandonado a su suerte, puede, bien es verdad, caer en el mar, que sobrevuela durante una gran parte de su periplo. Pero de la misma manera puede terminar su carrera sobre México, Nueva York, Tel Aviv. O sobre Madrid.

A esperar, pues. Los radares de la red de vigilancia del territorio americano siguen día y noche la trayectoria del satélite que, mientras tanto, pierde un poco de altitud, un centenar de metros, en cada una de sus órbitas. Los ordenadores se esfuerzan en calcular el preciso momento en que su velocidad caiga por debajo del umbral fatídico.



co. Pero, claro, los ordenadores son como los institutos de sondeo: adelantan una previsión y la revisan constantemente. Hace un mes la fecha más probable era la del 23 de junio. Después se habló del 9 de julio y más tarde del 16. Astrónomos británicos y franceses, utilizando distintos métodos de cálculo, habían incluso anunciado la caída para el 29 de mayo. De todas formas, lo que sí se sabe es que no ha de haber tiempo para adoptar muchas medidas. El margen de certeza de un ordenador es, en el mejor de los casos, de dos horas. Ahora bien, el Skylab recorre la órbita terrestre en noventa minutos, de manera que, cuando comience realmente a caer, todo habrá terminado en doce minutos.

Para tranquilizar los ánimos, Richard G. Smith, director adjunto de la NASA, echa mano del cálculo de probabilidades: "La Tierra —dice— es constantemente bombardeada por miles de meteoritos, algunos

de los cuales son enormes. Sin embargo, durante dos siglos, estos meteoritos no han herido más que a seis personas. No ha habido un solo muerto. A partir de la conquista del espacio, más de seis mil restos de toda especie han ido cayendo sobre la Tierra. No obstante, tan sólo se han registrado tres incidentes: una casa ligeramente dañada en el centro de los Estados Unidos, una vaca herida en Cuba y el puente de un carguero alemán abollado en pleno Atlántico. No hay que olvidar que los restos del 'Skylab' se esparcirán en una amplia área. Incluso si, por desgracia, uno de ellos cae sobre París y destruye una casa, el más próximo ha de caer a quince kilómetros, fuera, por lo tanto, de la aglomeración parisina".

Sam Greenlaw, ciudadano de la libre América, no comulga con tales ideas. Para él, la NASA hace que la población corra riesgos de todo punto inadmisibles. Ha puesto en guardia

al Congreso, ha fundado una asociación de defensa ciudadana, Chicken Little Associates (*), y exige la adopción de urgentes medidas. Pero, ¿qué medidas? Ni la inquietud mejor fundada, ni las más legítimas protestas cambiarán las leyes de la mecánica celeste. Aunque se disparara un cohete para destruir al Skylab en pleno vuelo, no podría impedirse su caída, multiplicada en mil fragmentos.

Problemas de dinero

¿Sería, al menos, posible elegir el punto del impacto, provocando la caída dirigida mediante el pequeño motor de orientación instalado a bordo? Para calcular la trayectoria se necesita estar absolutamente seguro de la posición del satélite. De lo contrario, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero el Skylab se hallaba completamente desequilibrado. Durante tres meses, los artificieros de la NASA han

(* Club de los gallinas.

tratado de estabilizarlo, cosa que, al menos de manera provisional, han logrado hace justo dos semanas.

Hubo, sin embargo, un medio muy sencillo de evitar todas estas dificultades. Habría bastado con dotar al Skylab de un motor lo suficientemente poderoso como para darle un nuevo impulso que hubiera prolongado su vida por muchos años o, incluso, arrancarlo definitivamente de la atracción terrestre de modo que se perdiera en el espacio. A decir verdad, se había pensado en ello. Pero la NASA, después de los ingentes gastos del programa "Apollo", andaba con problemas de dinero. Y decidió hacer economías, suprimiendo ese motor..., mientras encargaba a Raymond Loewy el acondicionamiento interior del ingenio. ¡Prestigio ante todo!

Se contaba con la navicilla espacial, cuya misión más importante era la de reparar los satélites averiados. Esta navicilla se encargaría de dotarlos de un motor auxiliar que les ayudase a recuperar la velocidad perdida. Se esperaba que volara ya a finales de 1979. Mientras tanto, los astrónomos de la NASA habían llegado a la conclusión de que el Skylab no tendría dificultades antes de 1983. Sólo que la actividad solar, de la que habían decidido, en contra de la opinión de sus colegas, que sería débil, ha sido fuerte. El Skylab se ha visto frenado mucho antes de lo previsto por la ola de partículas. En cuanto a la navicilla espacial, no cesa de retrasarse, y hoy es el día en que aún no ha efectuado su primer vuelo.

Quedaba la solución de acudir a la URSS, que posee ingenios capaces de juntarse con satélites que giran en torno a la Tierra y prestarles auxilio. Pero los sistemas de enganche soviéticos son incompatibles con los americanos. Aunque en el espacio no haya fronteras, las técnicas conservan su nacionalidad.

"No hay que dramatizar —afirman los estadísticos de la NASA—. Aun en las peores condiciones, no existe más que una probabilidad contra cincuenta de que haya un herido". Lo cual, en medio de todo, es más probable que el ganar en la lotería. ■